

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA



Adaptación Para Primer Ciclo de Educación Primaria
CEIP La Escuela
2024 / 2025

I. Un caballero soñador

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un hidalgo llamado Alonso Quijano. Era un hombre tranquilo que pasaba los días leyendo libros de caballeros y sus grandes hazañas.

Leía tanto que, poco a poco, empezó a creer que él mismo era un caballero.

Soñaba con luchar contra dragones, salvar doncellas y recorrer el mundo en busca de aventuras.

Pensaba que el mundo estaba lleno de injusticias y que él debía corregirlas. Pero su familia y amigos estaban preocupados. Decían que Alonso pasaba demasiado tiempo leyendo y apenas dormía.

Un día, decidió convertirse en un caballero de verdad. Buscó una armadura vieja que había pertenecido a sus antepasados. Estaba oxidada y rota, pero él la arregló con lo que tenía a mano.

Luego, miró a su caballo, un animal flaco y viejo, y pensó que necesitaba un nombre noble. Lo llamó Rocinante.

—Desde hoy, serás mi fiel compañero en la búsqueda de la justicia —le dijo Don Quijote al caballo, aunque Rocinante solo relinchó sin entender nada.

Pero ningún caballero estaba completo sin un gran nombre. Después de pensarlo mucho, decidió que se llamaría Don Quijote de la Mancha. Así comenzaban sus grandes aventuras.



II. Su fiel escudero

Don Quijote se dio cuenta de que necesitaba un escudero. Todo caballero tenía un fiel compañero que lo ayudaba en sus viajes.

Buscó a alguien valiente y decidido, pero lo único que encontró fue a Sancho Panza, un campesino bonachón y regordete que siempre tenía hambre.

Sancho no quería meterse en problemas, pero Don Quijote le prometió algo muy especial: una isla para gobernar cuando terminara su aventura.

A Sancho le gustó la idea y decidió acompañarlo. Así, con Rocinante y un burrito llamado Rucio, emprendieron el viaje en busca de justicia y honor.

—Sancho, amigo mío, el mundo nos necesita. ¡Vamos a luchar contra los malvados! —dijo Don Quijote con gran entusiasmo.

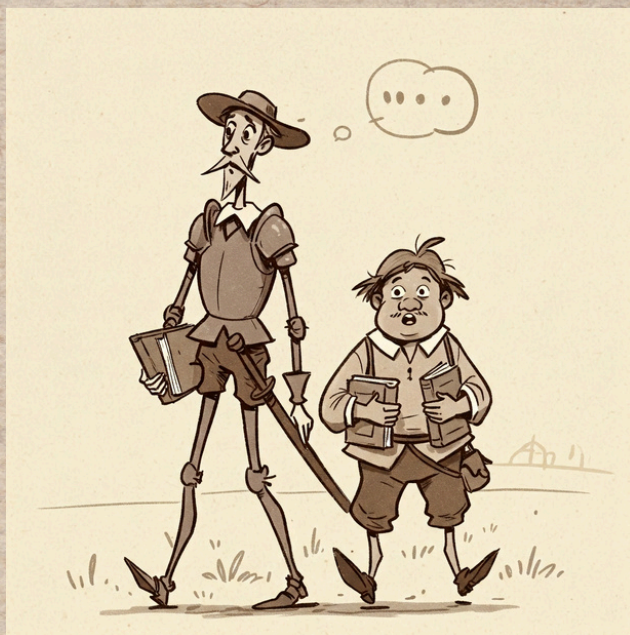
Los dos caminaron por los caminos polvorientos de la Mancha.

Don Quijote imaginaba castillos y enemigos, mientras Sancho solo pensaba en qué comerían al llegar a la siguiente aldea.

—Señor, ¿está seguro de que nos espera una gran aventura? —preguntó Sancho.

—¡Por supuesto! —respondió Don Quijote—. La gloria nos aguarda.

Y así, el caballero y su escudero comenzaron su increíble viaje.



III. Un escudo y una lanza

Antes de seguir, Don Quijote se fabricó un escudo y tomó una lanza. Su armadura estaba vieja y oxidada, pero él se sentía poderoso.

Miró al cielo y prometió defender a los débiles, luchar contra la injusticia y vivir muchas aventuras como los caballeros de los libros.

—¡Sancho, amigo mío! —dijo Don Quijote—. De ahora en adelante, viviremos grandes hazañas.

Sancho suspiró. No entendía por qué su amo veía peligros en todas partes, pero le caía bien y decidió seguirlo en su extraña aventura.

—Señor, ¿y qué comeremos en esta gran aventura? —preguntó Sancho con preocupación.

—¡No pienses en la comida, Sancho! La gloria y el honor alimentan el alma —dijo Don Quijote.

Sancho no estaba muy convencido de que el honor sirviera para calmar el hambre, pero prefirió no discutir.



IV. La dama Dulcinea

Todo caballero necesita una dama a quien dedicar sus hazañas. Don Quijote eligió a una campesina llamada Aldonza Lorenzo y decidió llamarla Dulcinea del Toboso.

Para él, era la mujer más hermosa del mundo, aunque en realidad nunca la había visto de cerca.

—Sancho, toda mi gloria será para Dulcinea —dijo Don Quijote.

Sancho no entendía por qué su amo hablaba de una princesa cuando solo conocía a Aldonza, una mujer fuerte que vendía quesos en el mercado.

Pero decidió no discutir y dejar que Don Quijote soñara con su gran amor.

—Señor, ¿y Dulcinea sabe que usted es su caballero? —preguntó Sancho.

—No aún, pero pronto se enterará. Le dedicaré todas mis victorias —respondió Don Quijote.

Y con Dulcinea en su pensamiento, siguieron su camino.



V. La lucha contra los molinos

Un día, Don Quijote vio unos molinos de viento y pensó que eran gigantes malvados. Con su lanza en alto, cargó contra ellos.

—¡Sancho, mira esos terribles gigantes! ¡Debemos acabar con ellos antes de que destruyan el mundo! —gritó Don Quijote.

Sancho miró los molinos y luego a su amo.

—Señor, no son gigantes, son molinos de viento —dijo Sancho.

Pero Don Quijote no escuchó. Espoleó a Rocinante y corrió hacia el molino más grande.

Cuando clavó su lanza en una de sus aspas, el viento la hizo girar con fuerza y lo lanzó por los aires.

—¡Señor! —gritó Sancho corriendo hacia él.

Don Quijote cayó al suelo con un gran golpe, pero aún así sonrió.

—Sancho, el mago Frestón convirtió a los gigantes en molinos para engañarnos —dijo Don Quijote.

Sancho suspiró y ayudó a su amo a levantarse.

—Como usted diga, señor —respondió.

Y continuaron su camino.



VI. El yelmo de Mambrino

Después de su batalla contra los molinos, Don Quijote y Sancho siguieron su camino. Un día, vieron a un barbero que viajaba en su mula.

Como llovía, el hombre se cubría la cabeza con un cuenco de latón para protegerse del agua.

Pero Don Quijote, con su imaginación desbordante, pensó que era un casco mágico, el Yelmo de Mambrino, un tesoro de gran valor.

—¡Sancho, mira! ¡Ese hombre lleva el legendario Yelmo de Mambrino! ¡Es una reliquia mágica que me pertenece! —exclamó Don Quijote.

—Señor, me parece que es solo un cuenco de barbero —dijo Sancho.

—¡No digas tonterías, Sancho! ¡Observa su brillo dorado!

Don Quijote no esperó más y cargó contra el barbero, quien, al ver a un hombre con lanza y armadura corriendo hacia él, se asustó y huyó dejando caer el cuenco.

Don Quijote lo recogió con orgullo y se lo puso en la cabeza.

—¡Ahora tengo el yelmo más poderoso del mundo! —dijo feliz.

Sancho lo miró y no quiso arruinarle la ilusión.

—Sí, señor, le queda perfecto... —dijo con una sonrisa.

Y continuaron su viaje.



VII. Los frailes y la señora

Poco después, Don Quijote y Sancho vieron a dos frailes que viajaban junto a un carruaje donde iba una dama noble.

Don Quijote pensó que los frailes eran hechiceros que tenían a la dama prisionera.

—¡Sancho, esa doncella necesita nuestra ayuda! —exclamó Don Quijote.

Sancho suspiró.

—Señor, yo creo que esos hombres solo la acompañan —intentó explicar.

Pero Don Quijote ya había cargado contra los frailes.

—¡Liberen a la dama o enfrenten mi furia! —gritó mientras los frailes huían despavoridos.

El cochero del carruaje, molesto, bajó y enfrentó a Don Quijote.

—¡Buen hombre, nadie está en peligro aquí! —dijo.

Pero Don Quijote no escuchó razones y comenzó a pelear.

El cochero, que era fuerte y ágil, lo derribó de un solo golpe.

Sancho corrió a ayudar a su amo.

—Señor, creo que es hora de seguir nuestro camino —susurró mientras lo levantaba.

—Hemos hecho justicia, Sancho. ¡La doncella está libre! —dijo Don Quijote con orgullo.

Y aunque la dama nunca estuvo en peligro, Don Quijote siguió creyendo que había hecho una gran hazaña.



VIII. El bálsamo mágico

Esa noche, Don Quijote y Sancho llegaron a una posada, pero Don Quijote insistía en que era un castillo.

—Señor, por favor, solo comamos y descansemos —dijo Sancho, cansado.

Pero Don Quijote tenía otra idea.

—Sancho, los caballeros no pueden enfermarse o rendirse. Voy a preparar un bálsamo mágico que curará todas las heridas —anunció.

Mezcló vino, aceite, sal y romero en un cuenco y bebió un gran sorbo. De inmediato, su rostro cambió de color y cayó al suelo mareado.

Sancho, preocupado, probó un poco para ver si realmente funcionaba... y terminó peor que su amo.

Ambos pasaron la noche enfermos, pero Don Quijote insistió en que el bálsamo era efectivo.

—Solo los caballeros más fuertes pueden soportarlo —dijo con una sonrisa.

Sancho, con dolor de estómago, prefirió no discutir.



IX. El ejército de ovejas

Al día siguiente, mientras seguían su viaje, Don Quijote vio en la distancia un gran polvo levantándose.

—¡Sancho, mira ese ejército enemigo! ¡Debemos atacar antes de que destruyan el reino! —gritó Don Quijote.

Sancho entrecerró los ojos.

—Señor... creo que solo son ovejas... —intentó explicar.

Pero Don Quijote ya había lanzado su ataque.

—¡Por Dulcinea! —gritó mientras cargaba contra el "ejército".

Las ovejas, asustadas, corrieron en todas direcciones, mientras los pastores trataban de defenderse.

Uno de ellos lanzó una piedra con su honda y golpeó a Don Quijote en la cabeza.

Sancho corrió y lo ayudó a levantarse.

—Señor, ¿ahora cree que eran ovejas? —preguntó.

—No, Sancho. El mago Frestón transformó el ejército en ovejas para engañarnos... —respondió Don Quijote.

Sancho suspiró.

—Como usted diga, señor... —dijo.

Y siguieron su camino.



X. La posada encantada

Más tarde, Don Quijote y Sancho llegaron a una posada.

—¡Mira, Sancho, un castillo espléndido! Seguramente aquí nos recibirán con honores —dijo Don Quijote.

Sancho, cansado, decidió seguirle la corriente.

El posadero, al ver a Don Quijote tan convencido, decidió jugarle una broma.

—¡Oh, gran caballero! Permítanos nombrarlo oficialmente como un caballero andante —dijo el posadero, riendo en secreto.

Esa noche, Don Quijote se quedó en el patio de la posada, cuidando sus armas, como dictaba la tradición de los caballeros.

Pero cuando unos viajeros llegaron y movieron su armadura por accidente, Don Quijote se enojó y comenzó a pelear con ellos.

El posadero y los demás huéspedes lo detuvieron y, para calmarlo, hicieron una “ceremonia” donde lo nombraban caballero.

—Ahora sí, está listo para más aventuras, caballero Don Quijote —dijo el posadero.

Don Quijote estaba feliz.

—¡Sancho, ahora mi destino está sellado! —exclamó.

Sancho solo quería dormir.

Y así, con su nuevo título,

Don Quijote continuó su camino.



XI. Don Quijote y los galeotes

Mientras cabalgaban por el camino, Don Quijote y Sancho vieron a un grupo de hombres encadenados, escoltados por guardias.

—¡Sancho, esos pobres hombres son prisioneros injustamente! ¡Debemos liberarlos! —exclamó Don Quijote.

Sancho, mirando a los encadenados, se rascó la cabeza.

—Señor, creo que son criminales que han sido castigados por la justicia... —susurró.

Pero Don Quijote ya estaba convencido de que eran víctimas. Se acercó a los guardias y exigió que los soltaran.

—Estos hombres han sido obligados a marchar en contra de su voluntad. ¡Deben ser liberados! —dijo con voz firme.

Los guardias se rieron.

—Caballero, estos hombres son ladrones y bandidos —explicó uno de ellos.

Pero Don Quijote, sin escuchar, atacó con su lanza. Sancho, nervioso, intentó esconderse detrás de su burro.

En medio del caos, los prisioneros aprovecharon para huir. En lugar de agradecer, rodearon a Don Quijote y a Sancho.

—Señor, creo que no eran tan inocentes... —susurró Sancho.

Uno de los bandidos le quitó la bolsa de comida a Sancho, mientras otro empujaba a Don Quijote.

Cuando los ladrones se fueron, Sancho miró a su amo y suspiró.

—Señor, la próxima vez, asegúrese de a quién ayuda... —dijo.

Don Quijote, lleno de orgullo, respondió:

—No importa, Sancho. Lo importante es luchar por la justicia.

Sancho pensó que a veces su amo tenía ideas muy extrañas sobre la justicia...



XII. La penitencia de Don Quijote

Tras su aventura con los prisioneros, Don Quijote decidió hacer algo muy importante: demostrar su amor por Dulcinea.

—Sancho, un caballero debe sufrir por su dama. Voy a hacer penitencia en las montañas para probar mi amor —anunció.

Sancho abrió los ojos sorprendido.

—¿Penitencia? ¿Eso significa que pasaremos hambre? —preguntó.

—No, Sancho, tú irás a ver a Dulcinea y le contarás mis hazañas.

Sancho no estaba seguro de querer viajar solo, pero Don Quijote insistió.

Antes de marcharse, Sancho miró a su amo girar en círculos y hacer extraños movimientos con los brazos.

—¿Está bailando, señor? —preguntó.

—¡No, Sancho! Estoy en un trance de amor y sufrimiento. Sancho se encogió de hombros y partió hacia el pueblo.

Mientras cabalgaba, pensaba en cómo decirle a Dulcinea todo lo que su amo le pedía.

—Tal vez sea mejor contarle otra historia... —susurró para sí mismo.



XIII. La carta a Dulcinea

Mientras Sancho viajaba, Don Quijote escribió una carta para Dulcinea.

—Sancho, entrégale esto a mi amada —dijo, dándole un papel lleno de letras torcidas.

Sancho miró la carta y suspiró.

—Señor, creo que debería escribirla alguien que sepa... escribir... —dijo con cuidado.

Don Quijote asintió y pidió ayuda a un cura del pueblo.

Cuando Sancho llegó a la aldea, no encontró a Dulcinea.

—Señor, la señora Aldonza no está aquí.

—¡Sancho, no la llames Aldonza! ¡Es Dulcinea! —exclamó Don Quijote.

Sancho suspiró.

—Bueno, en su nombre, le manda saludos y dice que sigue ocupada.

Don Quijote sonrió.

—¡Dulcinea piensa en mí! —exclamó.

Sancho solo se encogió de hombros.



XIV. El Caballero de la Blanca Luna

Después de muchas aventuras, Don Quijote y Sancho llegaron a una playa. Allí, encontraron a un caballero vestido de blanco.

—¡Soy el Caballero de la Blanca Luna y he venido a retarte, Don Quijote! —dijo el desconocido.

—¡Acepto el desafío! —exclamó Don Quijote.

Sancho intentó detener a su amo.

—Señor, tal vez podamos hablar con él... —susurró.

Pero Don Quijote ya había bajado la lanza y se lanzó contra su oponente.

El Caballero de la Blanca Luna era joven y fuerte. En un solo movimiento, derribó a Don Quijote.

—Has perdido, Don Quijote. Ahora debes regresar a casa y abandonar la caballería —dijo el caballero.

Don Quijote, triste, asintió.

Sancho, sorprendido, ayudó a su amo a levantarse.

—Señor, ¿qué haremos ahora?

—Volveremos a casa, Sancho...

Sancho, aunque sorprendido, sintió algo de alivio.



XV. El regreso a casa

Don Quijote y Sancho volvieron a su aldea.

—Sancho, creo que tal vez la caballería ya no es para mí... —dijo Don Quijote.

Sancho se sorprendió.

—¿De verdad, señor?

—Sí, tal vez sea momento de descansar.

Sancho sonrió.

—Eso suena bien, señor.

Don Quijote entró en su casa, se sentó en su sillón favorito y suspiró.

—Sancho, ¿sabes qué?

—¿Sí, señor?

—A pesar de todo, fue un gran viaje.

Sancho asintió.

—Sí, señor, lo fue.

Y así, Don Quijote cerró los ojos, soñando con nuevas aventuras en su imaginación.



Sobre esta adaptación

Este pequeño homenaje al Quijote surge de la locura, la pasión y las ganas del equipo docente del Primer Ciclo del Colegio La Escuela en el curso 24/25.

Tanto el texto como las imágenes están generados con inteligencia artificial. Podríamos decir que es de producción propia, pero no tendría mucho sentido. Al fin y al cabo, la tecnología es una herramienta más al servicio de nuestro alumnado y, aunque no nos demos cuenta, es la mano del maestro la que guía el inicio, el desarrollo y el fin de la actividad.

El siguiente paso es que nuestros alumnos y alumnas pongan voz a las palabras escritas y que este pequeño documento les sirva para ser conscientes de que con pequeñas aportaciones se consiguen grandes cosas.

Esperamos que lo disfrutéis tanto como nosotras.

